

LA LOCUACIDAD DE LA EXPERIENCIA

Barbosa Cruz, Mario. *Itinerancias y aprendizajes.*

Conversaciones con Clara E. Lida. México, El Colegio de México, 2023, 304 pp.



Marcela Croce

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina, Argentina
mcroce@filo.uba.ar

Un mandamiento tácito de la reseña se empeña en leer los textos según una línea imaginaria que divide, para luego ordenar con pretendida ecuanimidad, las virtudes y los defectos del objeto. Sin ánimo de aventurarme en una fenomenología del género, prefiero trazar una partición mucho menos rigurosa, pero no por ello inferior en cuanto al propósito final de orientar al eventual lector. Me declaro autorizada por *Itinerancias y aprendizajes* ya que, como suele ocurrir al acometer un ejercicio autobiográfico, el afán de valoración retrocede ante el deslumbramiento de una vida pródiga en experiencias históricas y nombres propios resonantes que parece inverosímil que confluyan en un único sujeto.

La trayectoria de la historiadora Clara Lida no reviste afán de avasallar con datos sobresalientes ni de desplegar disimuladamente un curriculum voluminoso. El prólogo de Mario Barbosa Cruz lo anticipa al resumirla en apenas dos frases, prescindiendo de su producción bibliográfica para concentrarse en una formación extraordinaria: “Tenía menos de 30 años cuando se doctoró y consiguió su primer trabajo en la Wesleyan University. Participó activamente en la vida académica estadounidense sobre temas españoles y se codeó, desde muy joven, con los hispanistas más reconocidos” (p. 13). La serie de grabaciones de las que resulta el libro, mantenidas por Clara y Mario entre junio de 2016 y febrero de 2017, restituyen en la transcripción una circunstancia prodigiosa: la posibilidad de reconocer la voz de la memorialista, con esa escansión sosegada del habla mexicana que a un oído porteño habituado al atropello rítmico rioplatense no puede sino sonarle apaciguadora pese al vértigo del recorrido que cumple en trescientas páginas.

El volumen se organiza cronológicamente, aunque aquí y allá aparezcan adelantos y retornos, anáforas y catáforas que potencian las “instantáneas” (p. 17) entregadas por la protagonista, libres de la machaconería del énfasis para garantizar la articulación de las evocaciones. De una historiadora profesional podrían esperarse testimonios, pero para alguien que ha cursado simultáneamente las carreras de Historia y de Letras resulta preferible derivar los recuerdos menos a la condición de documentos del yo que a la inscripción etimológica que Lida les restituye a aquellas experiencias que filtra a través del corazón.

Siempre acecha la tentación del determinismo en torno a figuras demasiado connotadas: en este caso, haber nacido unos días después del ataque norteamericano a Pearl Harbor y ser “una de las pocas personas vivas que conocieron todas las sedes independientes del Colegio [de México]” (p. 32), hacen de Clara un personaje en que la elección por la historia parece confirmación de un destino. La familia instruida, de padres egresados de la UBA y abuelos inmigrantes gallegos y judíos (aunque con un apellido que suena hispano) respectivamente, también apunta hacia otra predestinación: la de viajar y adaptarse a las diferentes culturas, como si en el desplazamiento radicara el núcleo que otorga continuidad a la propia vida. Raimundo Lida, padre y filólogo notable que inició su carrera en Buenos Aires para concluir-la en Harvard, había nacido en Lemberg. En 1947 se exilió en México cuando el Instituto de Filología de la UBA quedó desbaratado por el gobierno peronista; allí creó la *Nueva Revista de Filología Hispánica* y trasladó a su familia; allí la niña de pocos años adquirió “el tono y las formas dialectales locales” (p. 33) que repercuten en la voz que sostiene el libro, y también “el gusto por la comida vernácula: chiles, frijoles, taquito, mole...” (p. 42). Sin embargo, la experiencia clave de la infancia no es el cambio de país sino el aprendizaje de la lectura, que la lleva a escoger, además de textos infantiles como *La edad de oro* de Martí, algunos ejemplos insolubles para una criatura de una década de vida, como los poemas de Rafael Obligado, *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno y los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. En esa biblioteca inicial ya se condensan las adscripciones de la memorialista: cierta sensibilidad argentina, una rama del costumbrismo mexicano y la historia de la España moderna.

De la infancia en México data la familiaridad con intelectuales latinoamericanos y españoles expatriados –Carlos Blanco Aguinaga, Amado Alonso, Angélica Mendoza, Gabriela Mistral (p. 49)– que se completará, durante el paso por Princeton, con otros emigrados –el músico Andrés Segovia, el escritor Francisco

Ayala, el historiador Javier Malagón, el futuro alcalde madrileño Enrique Tierno Galván—; en años posteriores establecerá amistades con Juan Marichal y su esposa Soledad Salinas (hija de Pedro) y con Paul Bénichou y su mujer.

Si la frase de Max Aub según la cual “uno es de donde ha hecho el bachillerato” (cit. en 74) es aplicable aquí, Clara es sin duda argentina. No solamente Buenos Aires fue la ciudad donde cursó sus estudios secundarios sino también la sede de su estreno en la militancia política. Mientras Harvard, adonde fue en 1953 cuando Raimundo obtuvo un cargo de profesor, significó un “salto cualitativo” (p. 51) porque le permitió ir y volver sola de la escuela, el sintagma que ha quedado asociado a la revolución cobra un sentido más preciso en el liceo porteño en el que deviene representante escolar de la Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios, en la época del conflicto entre educación “laica o libre” durante la presidencia de Arturo Frondizi. Antes había debido afiliarse a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) fomentada por el peronismo, salvoconducto obligatorio para acceder al gimnasio escolar. Eran tiempos de un autoritarismo represivo que la adolescente que venía de Estados Unidos, regresada a la fuerza por la separación de los padres, no podía tolerar pasivamente y que la sociedad local apenas si soportaba gracias a válvulas de escape como el semanario satírico *Tía Vicenta* de Landrú (p. 63).¹

La depresión de la madre tras la ruptura familiar, que mutó a psicosis y exigió internación en Buenos Aires, dejó a Clara sola en su casa porteña, por lo que el padre la reclamó desde Estados Unidos. Allí convivió con una madrastra, Denah, que era de familia greco-sefardí, hablaba ladino y manejaba perfectamente el español como profesora del área en la universidad. Son los años de Brandeis en que comienza sus estudios universitarios, pero también una etapa triste para los Lida por la enfermedad y muerte de María Rosa, hermana de Raimundo y filóloga de erudición superlativa. Una beca otorgada en el Colegio de México devuelve a la muchacha a ese espacio al cabo de una década desde su partida, ahora para estudiar con Silvio Zavala, Luis Villoro y José Gaos y formar un grupo de amigos estudiantiles con los que aparece retratada en alguna de las fotos que contiene el volumen (también ordenadas cronológicamente), exhibiendo un peinado batido que delata la moda de los años sesenta. A aquellas

1. El papel de la sátira frente a los gobiernos autoritarios exigirá un estudio de largo aliento. Baste recordar la función que cumplió desde 1978 la revista *Humor* en torno a la última dictadura militar. Lo notable de esta referencia, junto con la persistencia del recuerdo, es la amplitud de registro que pone en juego Lida en la reconstrucción histórica.

imágenes que despliegan visualmente la genealogía reconstruida en el primer capítulo les siguen las que la tienen por figura central: en brazos de Raimundo, con su hermano Fernando muy niño; en el pasaporte infantil; con el guardapolvo blanco del liceo argentino; en México, España y California; y una última con el organizador del libro.

La formación de Clara como historiadora registra algunas decepciones, un auxiliar extraordinario y ciertos episodios escabrosos. Las decepciones: Isaiah Berlin, profesor en Princeton que se quedaba dormido en los seminarios que dictaba luego del almuerzo; el archivista de Jerez de la Frontera que leía en voz alta para que ella no pudiera concentrarse en la consulta de los documentos. El auxiliar: un Studebaker trasladado desde Estados Unidos que les permitía a ella y a Iris Zavala desplazarse por Europa y llegar a Checoslovaquia en vísperas de la Primavera de Praga, además de encontrarse con Pierre Vilar en el marco del Mayo francés, quien, al tiempo que le recomendaba abandonar el anarquismo para dedicarse a la burguesía catalana, le enseñó la importancia de “formar grupos de investigación en las humanidades” (p. 138). Los episodios escabrosos corresponden, previsiblemente, a la España franquista: el encuentro con Mauricio Carlavilla (cuyo seudónimo Mauricio Karl le habilitaba un nazismo desbocado en volúmenes aberrantes), hermano de la dueña de la pensión en que se alojaban las jóvenes en Madrid, y la entrevista con Eduardo Comín Colomer, a quien adornaban circunstancias obscenas como haber incautado la biblioteca de Eduardo Ortega y Gasset y tener colgada en su casa una foto de la Pasionaria agujereada a balazos. Esta vez el Studebaker las delató: Comín tomó el número de patente y citó a las investigadoras en la Dirección General de Seguridad, en la que se desempeñaba, para expulsarlas.

Los vaivenes entre México y Estados Unidos son una constante de ese momento: la presidencia de Víctor Urquidí en el Colmex representa una presión para que Clara se dedique a temas mexicanos, que evita; la renuncia a la beca Rockefeller que usufructuaba, dado que la organización había investigado sus antecedentes y había elevado una modesta distribución de fotocopias contra la dictadura de Onganía a protesta política, marca una incomodidad atenuada por el traslado a Wesleyan y por la llegada de colegas argentinos que escapaban del onganíato: Tulio Halperin Donghi, Gino Germani, Roberto Cortés Conde y Nicolás Sánchez-Albornoz, con quien estrecha amistad. En Wesleyan, donde será docente por muchos años, Clara impulsará la Society for Spanish and Portuguese Studies (SSPHS), hoy devenida Association, sobre la conciencia de que los temas ibéricos distaban de ser *mainstream* en la academia norteamericana. El propio vínculo con España se balancea

entonces entre el estudio profesional y la conmoción experiencial: a la convivencia con los emigrados republicanos durante la infancia en México seguirían el encuentro con Juan Roura Parella en esa universidad “privada y muy WASP” (p. 178) –“Él me regaló la fotografía que ilustra mi *Caleidoscopio del exilio*” (186), donde aparece junto a los hermanos José y Antonio Machado rumbo a la frontera de Francia en la primavera de 1939– y el descubrimiento de los niños de la Guerra Civil que habían sido refugiados en la URSS, ya adultos que conservaban el acento castellano cuando pasó por allí en 1970. De ese viaje sobresale la anécdota de su internación por una bronquitis: los enfermeros de la ambulancia que la llevó al hospital parecían escapados de *El gabinete del doctor Caligari*, la supuesta curación era mediante ventosas y, para colmo, le atribuyeron un diagnóstico de tuberculosis que luego la acusaron de haber falseado para abusar de la gratuidad del sistema de salud soviético.

Las estancias en Stony Brook y UCLA son el paso previo al retorno a México, esta vez definitivo. Desde Stony Brook se contactó con Siglo XXI de España para publicar su libro sobre el anarquismo; la temporada en California le permitió también el acceso a los estrenos cinematográficos (¿quién hubiera dicho que vio *Star Wars* apenas llegó a la cartelera!). Pero es asimismo una etapa dolorosa en la que sobresalen la muerte del padre en 1979 y el ascenso a la presidencia de Ronald Reagan, que significó un aval adicional a las ominosas dictaduras del Cono Sur.

¿Por qué retornar a México? La pregunta tácita –Barbosa se comporta antes como oyente que como entrevistador, y le ahorra al lector intervenciones que interrumpirían la fluidez del relato evocativo– tiene una respuesta decidida: “quería volver a América Latina, me era indispensable emocional y vitalmente” (p. 253). En el Colmex la recibe Urquidí, ya consciente de que no puede pedirle que se dedique a nada que la catedrática reconocida no quiera hacer; allí se integra al Sistema Nacional de Investigadores (SIN) y crea la cátedra México-España, que todavía preside y sostiene. Allí también dirigirá durante un tiempo la revista *Historia Mexicana* (y no es ocioso recordar que arribó por primera vez al país precisamente cuando Raimundo fue al Colmex con el encargo de dirigir una revista, aún hoy una de las publicaciones prestigiosas de la institución).

Un breve párrafo sobre el epílogo. Supe de una lectora que, antes de adentrarse en un libro, consultaba el final. No pretendía ahorrarse las páginas previas ni transgredir la expectativa; simplemente creía que, si el cierre no la convencía, no valía la pena dedicarle tiempo al volumen. Habrá quien prefiera apelar a este método extravagante –y a la no menos extravagante

La locuacidad de la experiencia

justificación– abordando el tomo por el cierre; no haría sino verificar que las itinerancias y aprendizajes *in progress* no promueven clausuras, como en otros recuentos de vida, sino recapitulaciones. Los tres puntos que establece allí Clara Lida son una guía de lectura que no empaña en absoluto la sorpresa que deparan las hojas previas: el interés por temas poco estudiados, la formación de discípulos y las ventajas vitales y epistemológicas de los desplazamientos constantes. Una existencia tan intensa excede los límites de una carrera. Hay que agradecer la excepcionalidad de que sea compartida, con el tono afable de la plática chilanga, y que haga de la documentación gráfica un álbum familiar y amistoso al cual somos generosamente convidados.